

Tomás LOPEZ MEDEL: *De los tres elementos. Tratado sobre la naturaleza y el hombre del Nuevo Mundo*. Edición de Berta Ares Queija. Alianza Editorial, Madrid, El libro de bolsillo, sección clásicos, n.º 1503. En colaboración con Quinto Centenario, 1990, LXXVII + 299 pp.

Hacer un comentario breve de este libro de bolsillo es en parte una labor rutinaria y fácil por mi familiaridad con la obra y con su autora-editora (procede de una tesis dirigida por mí), pero también es difícil hablar en dos palabras de lo que ha costado mucho trabajo a su autor, y tiene por ello un valor añadido, que no se quiere perder. Como algunas de las ediciones de gran público que están saliendo con motivo del 92 —no todas, desgraciadamente— ésta procede de una tesis doctoral y nos proporciona muchos materiales inéditos.

Creo que debo resaltar este mérito especial, en contraste con otros ejemplos más frecuentes, en que los encargados de editar una fuente etnohistórica valiosa desaprovechan la ocasión de hacer valer sus conocimientos para mejorar la edición. La Ethnohistoria se beneficia profundamente cuando perdemos nuestro tiempo en analizar detenidamente un texto etnográfico y las condiciones de su producción (capacidad del autor, contexto de la observación, usos anteriores del texto...), y ningún texto puede ser usado convenientemente sin tales análisis. A veces, como es el caso presente, un mediano texto etnográfico que sólo ha interesado parcialmente, revela su valor verdadero, a condición de que se le considere íntegramente y con cuidado. Como la autora demuestra, a un oidor bien formado en derecho y filosofía antigua le pueden ocurrir cosas en Indias que, no sólo esclarezcan las cosas y los hombres nuevos encontrados por los europeos sino que contribuyan profundamente a su transformación humanitaria, y nos informen certeramente de las condiciones y las actitudes de la sociedad que ha contribuido a los cambios sufridos. No tendremos Ethnohistoria completa hasta que incluyamos en nuestra retina los dos mundos culturales que entraron en contacto.

El texto editado es el único completo que conservamos del autor sobre las Indias (en forma de tratado, aparte los informes oficiales de sus visitas, y las cartas al rey), gracias a una copia casi literal realizada bajo el cuidado del famoso cronista de Indias J. B. Muñoz. Expresa, pues, una concepción global del autor sobre el Nuevo Mundo, tras su estancia en Indias en Centroamérica (1550-56) y en Colombia (1557-62) como funcionario celoso de la Audiencia. Sin embargo, solamente ha merecido su edición completa en una revista colombiana de historia natural (*Cespedesia*, 1982), y hasta entonces no había habido sino menciones aisladas del autor por parte de los apologistas ilustrados, o por parte de personajes como Ternaux Compans, Serrano y Sanz o Alfred Tozzer, que editaron capítulos finales de la obra, de mayor contenido etnográfico o cultural.

Esta actitud anticuada se la ha vuelto a permitir el mismísimo CSIC, en la Colección prestigiosa —quizá ya no tanto, a causa de estas precipitaciones y arbitrariedades— llamada «Corpus Hispanorum de Pace», donde el último tomo de 1990 (28) ha tomado esta obra junto con una serie incompleta de cartas e informes, para publicarla parcialmente, cambiándola de título y prescindiendo de cualquier estudio introductorio serio. Además de arrojar una duda sobre los métodos de edición científica de los autores, por conocer previamente el compromiso personal de la autora con López Medel, esta decisión deslucen un poco la coherencia editorial de toda la institución. Al mismo tiempo que devuelve a la iniciativa privada todo su peso compensatorio, pues es evidente que esta edición será leída por un público mayor, incluyendo a los especialistas. La tesis de que forma parte su investigación se presentó en la Universidad Complutense, y va a ser reproducida con ampliaciones (incluyendo toda la documentación conocida de este autor) por la Diputación de Guadalajara (pues Medel era alcarreño), debido a que la edición de L. Pereña se le ha adelantado.

La obra editada se divide en tres grandes apartados («De los tres elementos»), en los que se incluye una descripción de todos los fenómenos geográficos y naturales relacionados con cada uno de esos elementos: aire, agua y tierra. En el tercer elemento se incluye una descripción del hombre americano, comenzando por su físico, su cultura material y social, y terminando por su religión; se añade al final un capítulo sobre las innovaciones llevadas por Europa al Nuevo Mundo, y otro sobre «cargos y descargos» que se hacen el Viejo y el Nuevo Mundo a propósito de quién llevó más cosas al otro, positivas y negativas. Aquí se define claramente el autor por una posición indigenista, casi lascasiana. No cabe, a fin de cuentas, extrañarse demasiado de la estructura del libro, que recuerda a muchos otros. Este final polémico ya lo encontramos en el «loor a España» de Gómara, aquí contestado; la inclusión del hombre entre los seres de la naturaleza es normal en autores tan conocidos como Oviedo o Acosta, a quienes se asemeja bastante. Y también a otro inédito muy conocido, la «Geografía y descripción de las Indias» de López de Velasco, cuyas íntimas relaciones textuales desvela la autora, junto con una serie de detalles biográficos malentendidos hasta ahora (año de nacimiento, estudios en Alcalá y Sevilla, visita final a Pío V, etc.). De hecho, el tema de Medel como objeto doctoral lo sugerí como complemento a mis estudios del P. Acosta, con quien varios autores lo relacionaban (P. Carrasco, etc.).

Ahora bien, lo que nos ofrece Berta Ares es mucho más, como revelan sus 106 notas y su largo estudio introductorio de más de 70 páginas. Medel es un autor muy interesante, que posiblemente condicionó la obra de dos columnas etnohistóri-

cas como Velasco y Acosta, pero es mucho más, y había que verlo en sí mismo y en detalle. Ante todo, nos devuelve un texto cuidadosamente editado, donde combina la modernización formal (para hacer comprensible el sentido y los matices intencionales del autor) con el léxico y la sintaxis arcaica (expresión de una lógica cultural propia). Incluso propone posibles lagunas del editor original (Muñoz), y errores del copista. Solamente este esfuerzo hubiera merecido la pena, al devolvernos un texto íntegro, palpitante de vida propia. ¡Ojalá que los etnohistoriadores no pierdan este gusto por dejar hablar al informante, sin suplirlo con glosas o mediciones! Como haría un verdadero etnógrafo en el campo, o un sensible historiador de las mentalidades.

Pero además, Berta Ares nos ofrece un largo estudio introductorio, del todo original y propio. Sin refritos indigestos, como se acostumbra en este género de ediciones de gran público. Por él seguimos el vericuetto de su accidentada biografía, y la evolución de su pensamiento, sin las simplificaciones a que estábamos acostumbrados: ninguno de sus estudiosos anteriores (y hay nombres ilustres, como Zavala, Saint-Lu, Mahn-Lot...) había tomado nota de su doble actuación de gobierno (en Guatemala y en Colombia), ni se había dado cuenta del giro de 180 grados que tuvo su actuación, y su opinión del Nuevo Mundo. Al conocer y comprender su giro de 180 grados a mitad de camino entre una y otra gobernación, podemos recuperar todos los elementos de su biografía y de sus escritos dentro de la lógica y el sentido que le pertenecen, sin traicionarlos, como hacemos habitualmente: tratándose de hombres del pasado, los tratamos como los conquistadores a los indios, como bárbaros carentes de autonomía y lógica interna.

Creo que los letrados, al menos ellos, merecen un trato más compasivo por parte de sus sucesores actuales... Ojalá supiésemos de otros autores importantes sus giros y cambios de opinión, para interpretar sus contradicciones y contrasentidos, y devolverles la contemporaneidad intelectual y vital. De esa manera, dejaríamos de pordiosear datos aislados de archivos inagotables, para componer nuestro *puzzle* etnohistórico del pasado: sin hallarnos nunca seguros de su valor. ¿Por qué desautorizar a nuestros «intermediarios», perdiendo la oportunidad de contemplar los datos desde su punto de vista, y cargados de significativas «connotaciones»? ¿No nos parecemos al hacer eso con nuestras crónicas al coleccionista de curiosidades o al guaquero, que destroza un yacimiento y su estratificación —llena de informaciones complementarias— por hallar una o varias piezas valiosas, que merezcan el aprecio de los coleccionistas contemporáneos?

Por haber logrado rescatar el punto de vista del autor, Berta Ares no se avergüenza al final de su estudio: «no estamos en este caso ante una fuente etnográfica... sino ante una muestra de la reflexión científica sobre el hombre en general (1990: LX). Habiendo ella misma recorrido por su cuenta el territorio variado de su antecesor —entre Ecuador y Guatemala—, de hace más de cuatro siglos, quizá tenga razón en valorar que un viaje a América haya ayudado a tan alta meta: «la reflexión científica sobre el hombre». Ya que un largo viaje, el que merece la pena, no es el que nos aleja de la labor que desarrollamos en nuestro laboratorio; sino el que devuelve la vida a las cosas que hacemos objeto de estudio. No estaría mal que en pleno siglo XX se pudiera decir de todos nosotros eso, lo que logró el oidor alcarreño, una reflexión científica sobre el hombre.

Fermín DEL PINO